Dos norteamericanas en la Guerra de Cuba (1868-1878): Josephine T. del Risco Y Eliza Waring de Luáces

Introducción, edición y notas críticas Jorge Camacho

Traducción José Martí, Jorge Camacho, Francisco David Mesa Muñoz. Foreword, bibliography & notes © Jorge Camacho of this edition © Stockcero 2019
1st. Stockcero edition: 2019

ISBN: 978-1-949938-03-67

Library of Congress Control Number: 2019954222

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc. 3785 N.W. 82nd Avenue Doral, FL 33166 USA stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

Dos norteamericanas en la Guerra de Cuba (1868-1878): Josephine T. del Risco Y Eliza Waring de Luáces

Introducción, edición y notas críticas Jorge Camacho

Traducción José Martí, Jorge Camacho, Francisco David Mesa Muñoz.

AGRADECIMIENTOS

Todo libro es una sumatoria de esfuerzos, por eso, quisiera agradecerle aquí a quienes me ayudaron a completarlo. A mi colega Rebecca Janzen, quien leyó una versión de la introducción y me dio sugerencias. A Francisco David Mesa Muñoz quien tradujo conmigo al español la narración de Josephine T. del Risco. A Jack Eckert, bibliotecario de Boston Medical Library, en Countway que posee el manuscrito de Josephine, y quien me facilitó una copia. A Fritz Culp, quien leyó mi transcripción y sugirió algunas palabras que por estar tan borrosas en el manuscrito no se entendían. En la traducción hemos tratado de mantener la ortografía y la sintaxis original del texto, aunque en algunos casos por las razones antes dicha y para que se entienda mejor la hemos modernizado. De más está decir que cualquier error es mío.

INDICE

Introducción	ix
Voces de mujeres en la guerra: Lila de Luáces, Joseph	ine del Risco y Eva
Adán de Rodríguez.	
Obras citadas:	xxvii
Cronología	xxix
Atrocidades en Cuba	1
Recuerdos De Josephine T. Del Risco.	15
Atrocities In Cuba.	67
Reminiscences Of Josephine T. Del Risco.	79

Introducción

Voces de mujeres en la guerra: Lila de Luáces, Josephine del Risco y Eva Adán de Rodríguez.

A partir de la publicación de *Biografía de un Cimarrón* de Miguel Barnet en 1966 numerosos ensayos han tratado de definir el género de testimonio en Latinoamérica. Un género llamado «sin arte» que tradicionalmente habla de intimidad y compromiso político, dándole voz a aquellos que no la tienen. Así el antiguo esclavo, la guerrillera o la mujer indígena ocuparon el lugar central de estas discusiones. No extraña entonces que para John Beverley la característica principal de este género sea precisamente su marginalidad, su lugar descentrado, alejado de la metrópoli imperial como fue el caso de Garcilaso de la Vega. En particular, dice Beverley el testimonio sirve de vehículo para sujetos como el niño, la mujer, la indígena o el proletario, que han sido excluidos de las representaciones autorizadas «when it is a question of speaking and writing for themselves rather than being spoken» (93).

En esta introducción discutiré tres textos que considero ejemplos tempranos del testimonio y que fueron escritos por mujeres que pertenecían a la clase esclavista en Cuba. En estas historias, estas mujeres narran sus vivencias de la guerra. Dos son de origen estadounidense y la otra cubana. Las tres vivían en la misma provincia de Camagüey cuando estalló el conflicto en 1868. Los primeros dos textos fueron escritos en inglés mientras que el último en español. Sus autoras se llaman Lila Waring de Luáces, Josephine del Risco y Eva Adán de Rodríguez. Del texto de Lila Waring de Luáces solo conocíamos una traducción, hecha nada menos que por José Martí pero hasta el presente se desconocía el original, ya que no se había podido localizar el periódico que lo publicó.¹ Asimismo, el testimonio de Josephine del Risco es totalmente inédito. Lo encontramos en la biblioteca de Me-

Para más detalles véase las *Obras Completas. Edición crítica*, vol. 21, donde a pie de la traducción de Martí en ese volumen los editores escriben: «No se ha podido hallar el texto en inglés. En el ángulo superior izquierdo: «De *The Times.*/ de New York. » (p. 436).

dicina de la Universidad de Harvard cuando recopilábamos información para escribir *Amos, siervos y revolucionarios: la literatura de las guerras de Cuba (1868-1898). Una perspectiva trasatlántica (2018).* En este libro publico la traducción de los dos primeros con su versión original y aclaro el contexto político-social que rodeó su publicación.

Estos textos, además de ser escritos por mujeres que residían en la misma provincia en 1868, comparten otra característica fundamental: el servir de resistencia al poder colonial en la isla, ya que las tres mujeres participaron en el conflicto del lado de los cubanos y su escritura formó parte de una experiencia colectiva, no autorizada, que narró la guerra desde el punto de vista de las víctimas. Desafortunadamente, ninguno de los nombres de estas mujeres ni sus testimonios han formado parte de las discusiones de la guerra de Cuba. Sus nombres no aparecen en ningún diccionario o monografía de Cuba o de los Estados Unidos a pesar de que son un ejemplo de los sacrificios por los que pasaron las cubanas a partir del momento en que los criollos le declararon la guerra a la Metrópoli. Son recordatorios vívidos del sufrimiento que tuvieron que atravesar, la pérdida de vidas y la miseria en que vivieron miles de familias en los montes. Su escritura hay que verlas como un «recordatorio» y una forma de construir un archivo de agravios.

Para comenzar, el testimonio de Eva Adán de Rodríguez, *Hojas de Recuerdos*, se publicó en 1935 con una introducción de Dr. Gonzalo Aróstegui y un epílogo del periodista Miguel de Marcos (1894-1954) quien por casualidad como cuenta en su libro, vivía en un apartamento ubicado debajo del de Eva Adán en La Habana y le pidió que escribiera sus memorias. Eva Adán estaba casada con Alejandro Rodríguez Velazco (1852-1915), quien fue general de división del Ejército Libertador durante la guerra de 1868 y después del triunfo republicano se convirtió en el primer alcalde de la Habana. Su cercanía a los hombres que desafiaron la Metrópoli, por tanto, era importante, igual que lo fue para Eliza H. Waring de Luáces quien se casó con Emilio Lorenzo Luáces (1842-1910), que era médico y llegó a alcanzar el grado de coronel del Ejército Libertador.

Eliza y Lorenzo Luáces se conocieron y se casaron en Nueva York en 1863. Lorenzo y su hermano, Antonio, habían ido a los Estados Unidos a estudiar Medicina y durante la Guerra de Secesión norteamericana (1861-1865), Antonio se enroló en el Ejército del Norte donde

llegó a obtener los grados de coronel. Más tarde, Antonio se incorporó al Ejército Libertador y combatió contra los españoles hasta que cayó prisionero en 1875 y fue juzgado a muerte en consejo de guerra. Después de contraer matrimonio en los Estados Unidos, Lorenzo y Eliza se fueron a vivir a Cuba, donde la familia Luáces tenía uno de los ingenios más importantes de Camagüey, El Oriente, famoso por su belleza. Tal es así que el cura español Antonio Perpiñá habla de El Oriente en su libro *El Camagüey, viajes pintorescos por el interior de Cuba y por sus costas* (1889), y resalta el buen gusto y trato de su dueño. De acuerdo con Perpiñá, El Oriente tenía alrededor de 200 esclavos cuando lo visitó en la década de 1860. Tenía el estilo de un chalet suizo e iluminado por las noches con lámparas chinas parecía una casa de hadas (88).

Al comienzo de la guerra, no obstante, El Oriente se convirtió en un lugar de reunión de los jefes revolucionarios como Ignacio Agramonte (1841–1873) y el General Donato Mármol (1843-1870), y por eso, Liza Waring y su esposo tienen que abandonar su propiedad. Aunque como sugiere Josephine del Risco en su narración, ambos vivieron sin ser molestados durante casi dos años en El Oriente y allí era donde atendían a los heridos. Antes de marcharse a la manigua, la familia del Risco y la familia Luáces se reúnen en El Oriente para pasar la Navidad. La anécdota la cuenta Josephine del Risco en sus memorias y resulta ser una de las más conmovedoras de la narración.

Por esta razón, las tres escritoras le proveerán al lector de una perspectiva muy diferente a la que brindan los textos que fueron escritos por los hombres que lucharon en la manigua. No hablarán de su participación en los combates, porque las mujeres en su mayoría no participaban en los conflictos. Hablarán de la vida de los ranchos cerca de los campamentos donde curaban heridos, hacían balas, remendaban sus ropas y pasaban el tiempo con sus maridos cuando estos regresaban de los combates. Su posición, condicionada por el género, nos da una visión de la guerra que se origina desde la retaguardia o en los espacios liberados u ocultos en la manigua, adonde no habían llegado todavía las tropas peninsulares. Lo cual no quiere decir que no escaparan de las represalias o no sufrieran castigo si eran halladas en estos hospitales ya que de ser así se les consideraba enemigas de España. Por eso, como dejan explícito los textos de estas mujeres, cualquier civil que simpatizara con los mambises podía ser juzgado y pasado por las armas.

En el caso del testimonio de Eva Adán de Rodríguez su condición

social pasa a ocupar un primer plano ya que varias veces contrasta su vida en la manigua con la que tuvo antes en Puerto Príncipe, la ciudad principal de Camagüey. Como afirma casi al inicio del texto su familia tuvo que dejar la ciudad tan pronto como los soldados españoles instalaron cañones en las torres del templo de la Merced en Puerto Príncipe, la cual estaba ubicada al lado de su casa. El objetivo era proteger la ciudad de los ataques de los rebeldes. En aquellos momentos Eva Adán era todavía una adolescente, y dado la fortuna de sus padres, estos pensaban enviarla a estudiar a Florencia, Italia. En cambio, toda la familia tuvo que abandonar la ciudad y refugiarse en su finca, la cual pronto tuvieron que abandonar también para trasladarse a una choza en el monte.

Por consiguiente, la narración de Eva Adán está marcada por un «antes y un después» que ilustra el cambio identitario por el que pasaron los protagonistas de estas narraciones, y coincide con la forma en que los criollos se vieron a sí mismos después de estallar el conflicto. «Antes» vivían una vida llena de confort y «después» no les quedaba otro remedio que sobrevivir en la pobreza, el hambre o el exilio, pero motivados por el amor a la patria. Este discurso será el que mantendrá la reserva de patriotismo en las obras de teatro y las novelas independentistas (Camacho 51-52). En estas narraciones las mujeres les dan la libertad a sus esclavos, abandonan sus hogares y se marchan a la manigua con sus esposos.

Como apunta Eva Adán, el propio Máximo Gómez le había dicho una vez que ella era una «aristócrata», alguien que había gozado antes de la guerra de un estatus social mucho más elevado que el de la mayoría de los hombres y mujeres que lucharon con él. Pero ese estatus, como vemos en el libro, rápidamente cambia cuando su familia se ve obligada a huir de la ciudad y los españoles confiscan sus propiedades por simpatizar con los rebeldes. De modo que de acuerdo con un comentario irónico que le hizo su hermana en la choza donde se encontraban ocultas en el monte, cuando ellas vivían en la «opulencia» usaban agujas ordinarias «y hoy que carecemos de todo, las tenemos de oro» (60). La ironía del comentario residía en el hecho de que en la manigua, por no tener ninguno de los utensilios que tenían en la ciudad para hacer sus labores de costura, tenían que ser creativas y usar cualquier objeto para ayudarse; por eso utilizaban ahora sus broches de oro para remendar sus ropas. En su historia, por consi-

guiente, estamos en presencia de un doble desplazamiento. El sujeto ocupa un lugar que no le corresponde al cambiar su vida por el de la persona común o el campesino. Asimismo, los objetos que usa de la otra vida sirven para hacer algo más para lo cual no estaban diseñados. En ambos casos el movimiento se inscribe como una contradicción con el lugar, como una especie de anatopismo en que el sujeto y objeto aparecen desplazados, sin el prestigio, el dinero o la función que tenían en su vida anterior. La visión se origina desde un espacio marcado por la clase social que pierde su importancia material al mismo tiempo que suple esa disminución con el patriotismo.

Así, en la narración de Eva Adán sobresalen los recuerdos personales, las memorias de su familia en las fincas y chozas del monte donde se refugiaron y en estos recuerdos siempre está presente su vida anterior, al extremo que hasta las ropas que llevaba le parecían extrañas. De esta forma sus recuerdos funcionan como lugares distópicos en que se mezclan su identidad aristocrática y su vocación de patriota. Uno de estos recuerdos aparece cuando apunta que después que los españoles habían asaltado su casa y habían roto todos sus muebles, lo que más le angustió fue encontrar los espejos rotos «porque deseaba conocerme transformada de niña en mujer» (34). Un año después, cuando las tropas españolas la toman prisionera y la transportan a la ciudad con sus padres, Eva Adán finalmente logra verse en un espejo y dice:

Imposible describir la impresión y el malestar que experimenté al contemplarme de cuerpo entero en aquellos grandes espejos, ¡tan pobre y ridículamente vestida!... //Como era una niña cuando salí al campo y en se tiempo había crecido y desarrollado más, no tenía ropa que me sirviera y la incomunicación con los pueblos impedía abastecernos con lo más necesario, se habían aprovechado para mis trajes aquellas colchas de saraza de vivos colores que se usaban en el campo para camas y cortinas, cuyos dibujos eran flores, pájaros, frutas, etc. etc. La pinta del que yo llevaba ese día era de berenjenas; los zapatos hechos en la manigua con piel de jutia, sin figura ni tamaño. (40-41)

Por consiguiente, como en el caso anterior en el que habla de las dificultades que tenían para encontrar agujas en el campo, aquí reconstruye sus memorias a partir del contraste que producían las ropas hechas con retazos de telas que entonces solo se usaban para cortinas

y camas. De esta visión surge la inconformidad, la mirada que juzga su apariencia «ridícula» por los valores aristocráticos que aprendió de niña antes de huir al monte. El mismo gesto aparece cuando ve entre los mambises que llegan a su casa a Félix Aguirre, harapiento, vestido con ropas que le habían hecho de un viejo forro de catre y desde el primer momento se fija «en unos preciosos botones de nácar que se destacaban en aquel sucio y raído uniforme» (57). Una y otra vez, la mirada de la adolescente se fija en el contrate que se establece entre dos objetos que se encuentran en el mismo lugar pero que chocaban entre ellos por su origen o su valor. Son objetos que estaban en el lugar que no les pertenecía, igual que estaba ella allí rodeada de malezas y objetos rotos. No extraña entonces que para un sujeto poco acostumbrado al monte todo lo que pudiera hacerse con objetos y partes de animales que no fueran las acostumbradas, le causara asombro. Según Eva Adán en aquellos momentos:

La necesidad aguzaba las ideas y despertaba las habilidades; se rehacían los cepillos de dientes con crines de caballos, de los rabos de las jutías se hacían dedales; y Lecondia, una de mis hermanas conservaba uno que era una perfección. Al faltarles agujas, utilizaba los alfileres de sus prendedores de oro. (59)

Su narración regresa así una y otra vez sobre la experiencia del «Yo» que tiene que abandonar su lugar de origen, sus costumbres y adaptarse a otra vida, ya sea en el monte o en el exilio. Ese cambio la obliga a vestirse diferente y aprender habilidades que no eran propias de su edad, como curar a los heridos, o dedicarse a confeccionar cartuchos para las armas que utilizaban los independentistas en los combates. Por eso, afirma que a pesar de que las niñas de su tiempo se les enseñaba a coser y hacer bordados, nunca aprendió «las labores propias de mi edad y condición» (65).

En el caso de la narración de Liza de Waring las marcas sociales son menos evidentes. Sobre todo, porque «Lila», que era el nombre por el que la llamaban sus amigos y firma en el periódico norteamericano, no habla de su vida personal como lo hace Eva Adán. Su texto habla de la guerra y los crímenes que cometían los soldados. Habla con más emoción y ansiedad sobre su experiencia, tal vez porque a diferencia de Eva Adán escribe su narración en el mismo momento en que sucedía la guerra. No treinta y dos años después de lograda la in-

OBRAS CITADAS:

- Assmann, Aleida. *Cultural Memory and Western Civilization*. Cambridge: Cambridge University Press, 2011.
- Barnet, Miguel. *Biografía de un cimarrón*. La Habana: Academia de Ciencias de Cuba, 1966.
- Beverley, John. *Testimonio: on the Politics of Truth*. Minnesota: University of Minnesota Press, 2004.
- Camacho, Jorge. Amos, siervos y revolucionarios: la literatura de las guerras de Cuba (1868-1898). Una perspectiva transatlántica. Madrid: Iberoamericana /Vervuert, 2018.
- Cento Gómez, Elda. De la primera embestida. Correspondencia de Ignacio Agramonte (noviembre 1868-enero 1871). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2014.
- Cepero Bonilla, Raúl «En Guiámaro no se emancipó al esclavo». *Escritos históricos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1989. 99-112.
- «Céspedes inmoral y bígamo». El Moro Muza 16/6/1870: 301.
- De Luáces, Lila Waring. «Atrocities in Cuba. Narrative of a former resident within the insurgent lines. Inhuman treatment of Cubans by the Spanish authorities». *The New York Tribune*. 16 de December, 1871: 4.
- Diccionario enciclopédico de la historia militar cubana. 2 vols. La Habana : Ediciones Verde Olivo, 2004.
- Foucault, Michel. Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews. Ed. Donald F. Bouchard. Ithaca: Cornell UP. 1977.
- Loret de Mola, Melchor. *Episodio de la Guerra de Cuba: El 6 de enero de 1871*. Puerto Príncipe: Imprenta la Luz San Digo, 1893.

- «Los que hoy libertad proclaman». El Moro Muza 21/11/1869: 64
- Martí, José. «Atrocidades en Cuba». *Obras Completas. Edición crítica*. Vol. 21. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2008. 436- 449.
- Mosch, Georg. *History of Autobiography in Antiquity*. New York: Routledge, 2014.
- Perpiñá, Antonio. *El Camagüey, viajes pintorescos por el interior de Cuba y por sus costas*. Barcelona: liberaría de J. A. Bastinos, 1889.
- Rebello, Carlos. «Estados relativos a la producción azucarera de la Isla de Cuba», en Los Ingenios: colección de vistas de los principales ingenios de azúcar de la isla de Cuba. Justo Germán Cantero; (ed.) Luis Miguel García Mora; Luís Miguel García Mora. Madrid: Fundación Mapfre Tavera: Doce Calles, 2005.
- Rodríguez, Eva Adán. *Hojas de Recuerdos*. Prólogo Gonzalo Aróstegui y del Castillo. Epílogo de Miguel de Marcos. La Habana: Imprenta Molina y Cía, 1935.
- Rodríguez Expósito, Cesar. Índice de médicos, dentistas, farmacéuticos y estudiantes en la Guerra de los Diez Años. La Habana: Ministerio de Salud Pública, 1968.
- Sarmiento Ramírez, Ismael. *El ingenio del mambí*. 2 vols. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2008.
- Sierra Madero, Abel. *Del otro lado del espejo: La sexualidad en la construcción de la nación cubana*. La Habana: Casa de las Américas, 2006.
- Smith, James Bruce. Politics & Remembrance. Republican Themes in Machiavelli, Burke, and Tocqueville. Princeton: Princeton University Press, 1985.

Cronología.

- 18 DE OCTUBRE DE 1826. Nace Justo del Risco en Puerto Príncipe, Cuba.
- 21 DE AGOSTO DE 1832. Nace Josephine Thompson en Nueva York.
- 1838. Nace Eliza H, Waring en Nueva York.
- 13 DE OCTUBRE DE 1852. Josephine y Don Justo del Risco contraen matrimonio.
- 2 DE AGOSTO DE 1853. Florence, la hija de Josephine y Don Justo del Risco es bautizada en Nueva York. Muere más tarde.
- 24 DE ABRIL DE 1856. Josephine llega a Nueva York procedente de Nuevitas, Cuba, en el barco Anita Owen.
- 19 DE DICIEMBRE DE 1856, Don Justo del Risco registra su título de doctor en la Universidad de la Habana.
- 26 DE MAYO DE 1858. Josephine y Don Justo llegan a Nueva York procedente de Nuevitas, Cuba, en el barco C. W. Ring.
- 29 DE OCTUBRE DE 1863. Emilio Luáces y Eliza H. Waring contraen matrimonio.
- 27 de febrero de 1866. Nace Josephine del Risco en Puerto Príncipe, Cuba. Le llaman afectuosamente «Josei» o «Chicha».

- 5 de febrero de 1868. El gobierno de los Estados Unidos extiende un pasaporte a nombre de Josephine Thompson del Risco.
- 10 DE OCTUBRE DE 1868. Comienza la Guerra de los Diez Años en Cuba.
- 4 DE NOVIEMBRE DE 1868. Alzamiento independentista en la provincia de Camagüey.
- 11 DE FEBRERO DE 1871. Después de casi tres años de esconderse y huir por los montes, Josephine y su familia abandonan Camagüey y se marchan a La Habana.
- 7 DE ABRIL DE 1871. La familia Del Risco llega a Nueva York procedente de Cayo Hueso.
- 13 DE OCTUBRE DE 1873. Don Justo del Risco adquiere la ciudadanía norteamericana.
- 15 DE SEPTIEMBRE DE 1883. Arthur del Risco muere en Nueva York.
- 17 DE NOVIEMBRE DE 1885. Néstor Ponce de León manda a la Secretario de Gobierno de los Estados Unidos, Thomas F. Bayard, el viejo pasaporte de Don Justo junto con cinco dólares para uno nuevo.
- Octubre de 1887. Josephine comienza a escribir sus «Reminiscences of the Cuban insurrection».
- 2 DE JULIO DE 1889. Josephine termina de escribir sus recuerdos de la guerra.
- 8 DE OCTUBRE DE 1890. La hija de Josephine del Risco se casa con Henry Grant Buswell en Nueva York. Tienen cuatro hijos. Muere el 11 de julio de 1932 en Olmsted, Minnesota, a la edad de 66.

9 DE ABRIL DE 1891. Muere Don Justo del Risco.

31 DE JULIO DE 1893. Josephine T. del Risco muere en Brooklyn, Nueva York, a la edad de 60 años.

13 DE AGOSTO DE 1897. Muere Eliza H Waring.

Atrocidades en Cuba

Narración de un recién llegado de las filas insurrectas. Trato bárbaro de los cubanos por las autoridades españolas. La siguiente relación de la manera con que a los cubanos tratan las autoridades españolas de Cuba es debida a la Sra. Lila Waring de Luáces que, a la par que su esposo el Dr. Luáces, ha estado encargada durante 2 años de los hospitales de la Insurrección. Aunque la Sra. Luáces está en América desde la última primavera, el temor de comprometer aún más la salvación de su esposo que quedaba en Cuba, ha dilatado la publicación de estos sucesos. Sin embargodestruidas sus fincas y exaltados los ánimos contra Luáces de un modo tal que en nada puede perjudicarle que vea la luz la carta siguiente, nos prestamos gustosos a insertarla en nuestras columnas.

Al Editor de The Times

Señor:

La familia de Manuel A. Acosta estaba el 8 de abril de 1869 en una choza escondida entre los bosques q. se extienden en las orillas del Cauto (Cuba). Al alejarse de esa choza el infeliz padre en aquel aciago día, cayó en manos de algunos voluntarios que lo atravesaron con sus bayonetas y lo llevaron arrastrando a su casa. Al verlo bañado en sangre, su esposa, sus hijos y sus hermanas volaron a socorrerlo; pero los españoles indiferentes a su dolor y a las súplicas penetraron en la cabaña donde encontraron a los hermanos Grant, – yerno uno de ellos de Acosta y colocando a estos hombres y a la familia toda en el centro de la columna emprendieron viaje p. Bayamo.

— Fuera inútil hablar del tratamiento de los prisioneros en el camino, ni de los epítetos con que aquella brutal soldadesca ofendió a las sensibles señoras. Al llegar a Cauto del Embarcadero, la sangre brotaba de las heridas de Manuel, y los insolentes dicterios que dirigían a las Sras. de aquella pobre familia, exacerbaban los sufrimientos de sus heridas. Aquellos salvajes y allí consumaron la obra de asesinar al anciano, y arrojaron al río su cadáver. Presa su esposa de la desesperación, intentó varias veces arrojarse al agua —sin que pudiera lograrlo. Y los españoles condujeron a los hermanos Grant detrás del Cementerio —y allí fueron inmediatamente fusilados.

En agosto del mismo año, el general Máximo Gómez sorprendió a los españoles en Baire –jurisdicción de Jiguaní– les obligó a retirarse a sus trincheras, rescató a varias familias, e incendió a la población. Cuando Gómez se retiró, los españoles asesinaron a 4 personas del país escondidas entre aquellos escombros.

En setiembre, las tropas españolas de Maniabón (Holguín) se retiraron a Puerto del Padre, y quemaron sus casas, y mataron a todos los prisioneros que tenían con ellos, y decapitaron a siete mujeres y cinco niños.

En octubre, los españoles atacaron a Ramón –Santiago de Cuba— y asesinaron a los enfermos encerrados dentro del hospital y fueron quemados vivos.

En noviembre, 40 soldados de caballería atacaron el Mijial (Holguín), e hicieron 20 prisioneros. Entre estos estaban Carlos Téllez, abogado, y Antonio Infante, labrador —que tenían sacados los ojos— y fueron fusilados con los demás.

En diciembre, un hombre de apellido Araujo, administrador de un banco en Trinidad, propuso en una sesión del Casino Español el exterminio de todos los cubanos sin distinción de sexos ni edades, inclusas las mujeres y los niños de sus familias, debían ser degollados.

— La proposición fue recibida con aplausos. En enero de 1870, cuando comenzaron la marcha que concluyó con su derrota por Jordan⁴ en la Mina, las tropas de Pueyo⁵ hicieron prisionero a Francisco Alonso Ramos, de 70 años de edad. Atáronle las manos unidas a los pies

⁴ Thomas Jordan (Virginia, 1819- New York, 1895) fue a Cuba después de pelear en México y en los Estados Unidos, donde alcanzó el grado de teniente coronel del Ejército Confederado. En Cuba llegó a ser mayor general.

⁵ En su traducción, Martí identifica este personaje como Pueyo, quien era un general del Ejército Español. En el periódico se lee «Puella».

por detrás, haciendo un círculo de su cuerpo, y en esta posición lo colgaron de un árbol por sus muñecas, y así lo tuvieron toda la noche. El día siguiente lo acabaron a machetazos y dejaron su cadáver insepulto.

En abril siguiente, Narciso Tamayo, de Sierra Maestra, escribía lo siguiente:

«Después de haber visto matado a mis tres hermanos. Los españoles asaltaron el campo en que mi familia vivía. Las primeras noticias que llegaron hasta mí me hicieron creer que solo habían matado a mi padre y a mis hermanos Juan, Pancho y Gavino, pero últimamente he sabido que nadie escapó. Mi madre y mis hermanas fueron también asesinadas por estos infames».

En mayo, los españoles del campamento Las Parras (Camagüey) sorprendieron una choza en los bosques. Sabían que un patriota había estado en ella recientemente, y como no pudieron encontrarlo, saciaron su rabia en una mujer que hallaron allí y en su niño de algunas horas de nacido.

Salvador Cuevas, de Villaclara, con fecha 20 de enero [de] 1870, escribe así: «Vivían en un rancho en Arroyo Blanco los pacíficos ciudadanos Pastor Figueredo y Antonio León, de 70 años los dos, y con ellos Caridad, hija del primero, y sus hijos Juan, de 20 años, Leonila y José Celestino, más jóvenes —Santos Medina, Ramon de León y otros dos niños. Los soldados los sorprendieron al oscurecer; Medina y Juan escaparon después de una rudísima lucha, con tres heridas aquel de bayoneta en el pecho y brazo, y con cuatro Juan; Ramón de León pudo internarse en los bosques, y los bárbaros españoles ataron a doña Caridad y a los dos viejos y los quemaron vivos en la choza. La luz del día siguiente alumbró sus cuerpos carbonizados.

«Las atrocidades que esos salvajes cometen son más horribles cada vez. Encontraron en enero a la esposa de Nicolás Quirino, ⁶ prefecto de Seibabo, y su hijo, de 12 años de edad. El muchacho procuró correr, pero su madre le detuvo, pensando que el hecho de evitar ella misma que se escapara, y su edad, le salvarían de la furia de aquellos tigres.

Pero, en medio de sus lágrimas y ruegos, rompió el cráneo del niño una bala, y cuando cayó en los brazos de su madre, se arrojaron sobre ella, lo arrastraron de su lado, la amenazaron con la muerte si se movía, y ante sus ojos mutilaron a su hijo con horrible obscenidad, y ante ella lo mataron al fin a puñaladas».

⁶ En el testimonio de Luáces se lee: «Chirino».

En julio [de] 1870, el traidor Lolo Benítez a la cabeza de una partida de voluntarios atacó a Rito, en Jiguaní, y capturó 29 prisioneros. Y dos eran viejos—y dos estaban enfermos—y los demás eran mujeres y niños;—y fueron asesinados— y sus cuerpos fueron impíamente mutilados.

En noviembre del mismo año, después de un encuentro entre los españoles y los cubanos en La Aguada (Tunas) capturaron aquellos a los pacíficos ciudadanos Macías y Manuel Fornes, ajenos completamente a la revolución. Con estas víctimas añadieron los españoles a su crueldad la más espantosa blasfemia. Representaron con los prisioneros la sagrada tragedia del Calvario: colocaron en sus frentes coronas de espinas; cargaron sus espaldas flageladas con la cruz, y los crucificaron al fin!

En octubre de 1870, muy poco tiempo después de los asesinatos de los Caballero y los Molina, sorprendió una columna a Manuel Montejo, tranquilo y respetable anciano de 80 años y al joven Francisco Benavides, en San Severino, finca del Sr. Montejo, distante tres leguas del Guasimal, lugar fatídico del asesinato de los Molina.

Con el Sr. Montejo estaba su hija, encantadora joven recién casada. Cuando llegó la columna, los hombres fueron arrancados de la casa, y el anciano –que estaba muy enfermo– fue colocado en una silla.

Rodeó la joven con sus brazos el cuello de su padre, y aseguró al jefe de las fuerzas que él había intentado presentarse mucho tiempo hacía, pero que se sentía tan débil y tan extenuado que no había podido hacer su viaje al campamento. Hablaba a fieras la desventurada joven. Levantó uno la culata de su fusil, y se lanzó con él sobre el anciano; y cubrió ella con su cuerpo el cuerpo de su padre, y le ocultó en su seno la cabeza, y recibió en su espalda el golpe bárbaro que lo hubiera hecho morir. Su inmenso amor fue vano. La arrastraron de allí violentamente, ataron las manos de Montejo, Benavides y un mulato de la finca, los llevaron a unas cien varas de la casa —y a puñaladas y a bayonetazos dieron fin a su vida— y colocaron el cadáver del mulato en cruz sobre los otros dos cadáveres —y volvieron a la choza— y dijeron a la desolada, a la abandonada, a la tristísima hija—ve, si quieres, —y entiérralos —Y ella fue. Y los abrazó. Y los enterró.

En los primeros días del último enero, la Sra. Agüero, con sus hijas Leocadia y Clotilde, de 18 años aquella y 15 esta, vivían una vida retirada en su ingenio La Gloria, distante unas cuatro leguas al Este de

RECUERDOS DE JOSEPHINE T. DEL RISCO.¹¹

Recuerdos De La Insurreccion Cubana Del 4 De Octubre De 1868.¹²

Pensando que mis hijos disfrutarían después de muerta sabiendo todo por lo que tuvieron que pasar en su temprana niñez durante la insurrección de Cuba, decidí escribir algunas notas de lo que puedo recordar sobre lo que ocurrió en aquel tiempo.

En junio de 1868 nosotros recién habíamos regresado a nuestra casa en Puerto Príncipe después de haber pasado algunos meses en nuestra plantación La Josefina, cuando comenzamos a escuchar rumores de la insurrección, a los que no prestamos mucha atención. Después, cerca del mes de septiembre, nos enteramos que era de hecho realidad que se estaban formando bandas armadas en el campo, las cuales estaban aumentando en número, dado que cada día jóvenes dejaban la ciudad para unírseles. Nosotros conocíamos a muchos de estos jóvenes que eran hijos de las primeras familias de Puerto Príncipe.

Llegaban noticias por parte de diferentes amigos constantemente, y finalmente escuchamos que estaban a punto de entrar en la ciudad. En el caso de que hicieran su entrada por la noche, las personas serían avisadas mediante el toque de las campanas de la iglesia. La ansiedad y la consternación eran tales en la ciudad que cualquier ruido extraño causaba alarma, y los golpes de las ventanas y los portazos se podían oír por todas partes. Por último, el gobernador empezó a arrestar a

¹¹ En el manuscrito se lee a continuación: «Comenzado el 17 de octubre de 1887. Finalizado el 2 de julio de 1889. Brooklyn.»

¹² Carlos Manuel de Céspedes declaró la independencia de Cuba el 10 de octubre de 1868. En Camagüey los independentistas se alzaron el 4 de noviembre de ese mismo año.

los hombres más prominentes de la comunidad, siendo el primero de ellos el doctor Manuel Ramón Silva que vivía enfrente de nosotros. Al día siguiente (domingo), mi esposo, el doctor Justo del Risco había estado afuera visitando a algunos pacientes antes del desayuno. Cuando se estaba bajando del carruaje al regresar a casa, dos oficiales se aparecieron y dijeron que el gobernador deseaba hablar con él, por lo que les pidió que esperaran algunos momentos hasta que él se cambiara de ropa. Como se negaron, entró en la casa diciéndonos a su madre y a mí que se lo llevaban prisionero. Al escuchar esto, enseguida tomé la decisión de acompañarlo y me monté en el carruaje en el cual nos llevaron hasta el cuartel Las Mercedes donde encontramos un grupo de otros caballeros que también eran sospechosos de prestar ayuda y alentar a los insurgentes.

La población estaba indignada por el hecho de que el gobierno estaba tomando prisioneros a tantos hombres influyentes. Un español que se llamaba Fortún y que estaba casado con una cubana y se llevaba bien con los cubanos, viendo el efecto que esto estaba causando, fue a ver al gobernador y le aconsejó que los dejara en libertad inmediatamente, lo cual hizo al día siguiente. Unas pocas horas después, mi esposo salió a caballo para dar un corto paseo, cuando una señorita amiga lo llamó al verlo para decirle que había oído que lo iban a arrestar de nuevo. Al escuchar esto regresó inmediatamente a casa para organizar la salida con toda la familia a nuestra plantación La Josefina que quedaba a cerca de treinta millas de [Puerto] Príncipe, 13 y donde se estaban preparando para instalar un motor de vapor que había llegado recientemente de los Estados Unidos. De modo que después de dejarle la llave de nuestra casa a nuestra amiga Doña Ángela Guerra, le dijimos adiós rápidamente esperando regresar al final de la temporada de molienda. Como la línea de tren había sido parcialmente destruida por los insurgentes, nos vimos forzados a ir en nuestros carruajes. Nuestro grupo consistía en mi esposo, su madre, nuestros tres niños, Justico, Arturo y Chicha, la señorita L Simoni, Ella Agramonte, ¹⁴ yo y algunos sirvientes.

Tan pronto como quedó instalado nuestro motor y la plantación en buenas condiciones de funcionamiento, quisimos construir una casa

¹³ Ciudad principal de la provincia de Camagüey.

¹⁴ Puede estarse refiriendo a la esposa de Eduardo Agramonte Piña, primo de Ignacio Agramonte, quien era Coronel del Ejército Libertador y murió en combate en 1872.

que fuera apropiada para una familia grande y ya habíamos pedido que nos mandaran algunos modelos de Nueva York para poder escoger. Como la cabaña que ya estaba allí se quedaba prácticamente pequeña para nuestra propia familia, no queríamos llevar a nadie con nosotros, sabedores que los huéspedes no tendrían el espacio que nosotros desearíamos ofrecerles. Sin embargo, como Simoni y Agramonte se habían unido a las bandas insurgentes, no pudimos hacer oídos sordos a los ruegos de sus esposas para que las lleváramos con nosotros, dado que de esa forma ellas esperaban tener la oportunidad de ver a sus esposos, lo cual no hubiera sido posible de otra forma. De modo que todos partimos, ignorando cuántas penalidades nos aguardaban y que pasarían casi tres años antes de que volviéramos a entrar por la puerta de nuestra casa, para entonces encontrar que habían saqueado nuestros armarios y closets, y robado las cosas de más valor.

Napoleón Arango, 15 quien había sido escogido comandante en jefe de las fuerzas insurrectas (lo que era desconocido para el Capitán General), fue al pueblo a entrevistarse con Balmaseda. 16 El resultado fue un acuerdo entre ellos que consistía en que Arango debía regresar a donde estaban los insurgentes y esforzarse en hacer valer su influencia para que abandonaran la idea de un movimiento revolucionario. En caso de conseguirlo, el Capitán General, por su parte, daba su palabra de extender a los cubanos las ventajas y los beneficios de todos los privilegios que habían sido otorgados a España, anunciados en el Boletín del Gobierno. Habiendo acordado esto, Arango regresó a Las Minas, un pequeño pueblo que estaba a alrededor de media milla de La Josefina, donde estaban reunidos los hombres principales de la revolución, de los que cuatrocientos mantuvieron una reunión masiva en las instalaciones del ferrocarril con el objetivo de reportar su entrevista con el Capitán General para que pudieran considerarla, y determinar qué debía hacerse. De este modo, pasaron la noche en acaloradas discusiones, y tras debatir sobre la situación, finalmente decidieron que no había otra alternativa que luchar por la independencia de Cuba.17

¹⁵ Napoleón Arango Agüero era el jefe de la insurrección en Camagüey. Su hermano, Augusto Arango Agüero, era General del Ejército Libertador.

Blas Diego de Villate y de la Hera (II conde de Valmaseda y I marqués de Velada). Nació en 1824 y murió en Madrid en 1882. Fue gobernador de Cuba en tres ocasiones (1867, 1870-1872, and 1875-1876). Estuvo a cargo de las operaciones militares en las provincias de Camagüey y Oriente.

¹⁷ La reunión se llevó a cabo en «Junta de Minas, » o «Paradero de Minas», dado que esta-

Junto con la propuesta del gobernador a los cubanos, el comandante en jefe Balmaseda les quiso decir que, si ellos no accedían a los términos que se les ofrecían, él mismo cruzaría por la línea del ferrocarril al próximo día y destrozaría todo lo que encontrara a su paso. Como la línea del tren pasaba directamente por nuestros campos de caña, sabíamos que no tendría compasión de nosotros, de modo que tan pronto como escuchamos la decisión de los cubanos, empacamos inmediatamente nuestras ropas. Algunos de nosotros íbamos montados en el carruaje y otros en una yunta de buey. Así salimos para El Navío, la plantación de Melchor Bernal, 18 que estaba a unas cuatro o cinco millas de distancia. La familia no estaba allí, pero su hijo Fernando nos recibió cordialmente, y pronto nos sentimos tan cómodos como era posible en aquellas circunstancias. El próximo día, fiel a su palabra, Balmaseda partió con sus tropas para el puerto de Nuevitas, pero cuando estaba muy cerca de La Josefina, se encontró con un puñado de cubanos, no más de cincuenta en número, quienes después de algunas horas de lucha, le hicieron frente a Balmaseda. Éste, alicaído y dejando sus muertos y heridos atrás, abandonó la línea del ferrocarril y se fue en otra dirección. Ese día escuchamos los estallidos del cañón, por lo que fue un día muy triste y lúgubre para nosotros.19

Nos quedamos en El Navío cinco meses sin abandonar nunca la plantación, excepto una vez que fuimos a la colindante a ver a algunos amigos. Mientras tanto, a menudo albergábamos a las tropas cubanas en números que oscilaban entre veinte y trescientos. Algunas veces los heridos eran traídos a El Navío para que pudieran tener el cuidado y la atención del Doctor, cuya salud era pobre, pero que siempre que podía estaba en su puesto de trabajo listo para aliviar a los enfermos y a los que tenían dolencias.

La señora Simoni y la señora Agramonte todavía nos acompañaron hasta enero, cuando la señora Simoni escuchó que habían tomado pri-

ba cerca de un lugar llamado Las Minas, en Camagüey el 26 de noviembre de 1868. En esta reunión Napoleón Arango no pudo encontrar apoyo para su plan reformista. Ignacio Agramonte y Loynaz argumentó que los cubanos necesitaban continuar la guerra con el objetivo de alcanzar la independencia de España.

¹⁸ El historiador Cesar Rodríguez Expósito incluye a Melchor Bernal y Varona (1844-1932) entre los doctores que participaron en la guerra ayudando a los mambises (86-87).

¹⁹ Es probable que Josephine se estuviera refiriendo al combate de «Cejas de Bonilla» donde el conde Valmaseda se enfrentó a las tropas de Ignacio Agramonte y Agustín Arango.

sionero a su esposo en la ciudad de Morón²⁰ y que le habían enviado a la Habana. Ella pensaba que podría conseguir el perdón para su esposo yendo a ver al Capitán General en persona, y por eso decidió inmediatamente tratar de liberarlo. Las comunicaciones por ferrocarril con Nuevitas estaban cortadas, de modo que no había otra forma de ir que a caballo, pero ¿quién la llevaría? No teníamos respuesta, porque viajar a cualquier lugar era peligroso, pero ella estaba decidida a ir, por lo que mi esposo decidió mandar a buscar a un joven irlandés, quien él sabía que era de fiar y le debía algunos favores. Le explicó las circunstancias y le pidió si podría acompañar a la señora Simoni a Nuevitas. Al principio dudó, dado que había escoltado a más de una familia a aquel lugar, y los españoles comenzaron a sospechar de él, pero después de hacerle hincapié acerca de la urgencia del caso, finalmente aceptó hacerlo. Pronto preparamos todo para el viaje y temiendo mucho por su seguridad, le dijimos adiós a la señora L. Simoni, 21 quien acompañada por el irlandés de buen corazón, salió hacia Nuevitas para tomar el barco de vapor para La Habana. Previamente le habíamos dado una carta de presentación para el señor Gibbs, 22 el cónsul americano que era amigo, y quien yo sabía que la trataría con toda la atención posible.

Después de llegar a la Habana, obtuvo la recompensa a todas las vicisitudes por las que había pasado al enterarse que su esposo había sido perdonado y ya estaba en esa ciudad donde pronto se reunieron.

La señora Agramonte permaneció con nosotros hasta marzo cuando su esposo vino y se la llevó adonde su madre se estaba quedando con algunos amigos.²³ Por este momento nos informaron que las tropas españolas estaban de camino a El Navío, habiendo estado antes en La Josefina, la cual habían destruido y tomado todo lo que encontraron. Pronto recogimos las pocas pertenencias que teníamos, empacamos nuestra ropa, y nos preparamos para salir huyendo a otro

²⁰ Morón es una ciudad de la provincia de Cienfuegos. No conocemos de ningún arresto de Ignacio Agramonte y Loynaz.

²¹ Es probable que Josephine se estuviera refiriendo a una de las hijas del matrimonio de José Ramón Simoni y Manuela Argilagos: Amalia o Matilde Simoni. Amalia estaba casada con Ignacio Agramonte y Loynaz, y Matilde con Eduardo Agramonte Piña.

²² Richard Gibbs (1819-1894) era el cónsul de los Estados Unidos en Nuevitas en 1868.

²³ Amalia Simoni de Agramonte tenía su propia hacienda llamada La Matilde. Ignacio Agramonte y Loynaz comenzó a escribirle cartas a La Matilde el 7 de marzo de 1869. Para más detalles véase su correspondencia con la esposa en el libro de Elda Cento Gómez De la primera embestida. Correspondencia de Ignacio Agramonte (noviembre 1868-enero 1871), p. 112

lugar seguro. Nos acompañaba la familia de Melchor Bernal, que se nos había unido poco tiempo antes. Con la esperanza de asegurarse un poco de confort durante algo de más tiempo, llenaron una yunta de buey con sillas, camitas, utensilios de cocina y muchas otras cosas, y arriba de todas estas cosas, estaban sentados una pobre vieja negra, antigua esclava, y un negrito, hijo de nuestra esclava Guadalupe. Los caminos estaban tan malos que, al momento de cruzar un arroyo grande, la carreta dio un bandazo inesperado y se volcó completamente, tirando al suelo a la pobre vieja y al niño. A pesar de que en aquel momento bajo aquellas circunstancias la situación no parecía ridícula, después de pasar el peligro y estando ya en un lugar seguro, no pude evitar reírme a carcajadas por lo que había ocurrido. Después de cabalgar por algún tiempo, llegamos al potrero (una finca de ganado) de Don Ramón Basulto, quien nos recibió amablemente y nos dio acomodo con el confort que disponía; pero no habían pasado dos o tres días, cuando escuchamos que apenas habíamos dejado El Navío, las tropas españolas llegaron y comenzaron a destruir la casa de vivienda, la casa de azúcar, el motor de vapor, mataron todos los animales que pudieron encontrar, entre ellos dos ovejitas que pertenecían a Justico y a Arturo, y tres gallinas blancas, con sus pollitos que tenían algunos días y que pertenecían a los niños.



«Potrero de la Industria. Los hateros recogiendo briosos caballos».

Fuente: El Camagüey, de Antonio Perpiñá.

Al escuchar que los españoles estaban tan cerca y temiendo que pudieran descubrir nuestro paradero (dado que constantemente estaban persiguiendo a las familias insurgentes, tomando prisioneras a las mujeres y matando a los hombres si por casualidad se topaban con ellos), concluimos en no quedarnos donde estábamos sino en ir a otro potrero, que no estaba tan distante, a esperar nuevas noticias de sus movimientos. Nos quedamos en el potrero de Don A. Medrano por la noche, y regresamos la próxima tarde al de Don Ramón Basulto. Pensamos que no estábamos seguros allí, por lo que decidimos ir más lejos. Sin apenas saber adónde nos dirigíamos, finalmente llegamos a una casa vieja abandonada donde pronto arreglamos nuestras camas y después de compartir algunas bananas y carne que nuestros sirvientes prepararon para nosotros, nos acostamos, con la esperanza de estar descansados para el viaje del día siguiente. Había mosquitos y pulgas en abundancia, pero a pesar de todo este fastidio logramos dormir algunas horas. Así las cosas, estábamos listos para continuar temprano a la siguiente mañana. Hacía fresco y el campo estaba tan hermoso que vagamos por el lugar disfrutando nuestra agradable cabalgata, a pesar de que nuestros corazones estaban llenos de tristeza por la situación. Al fin llegamos a una casa donde paramos a desayunar y a que descansaran nuestros caballos. Como nuestro carruaje había sido quemado por los españoles, estábamos obligados a ir a caballo.²⁴ Todos los que vivían en el campo eran cubanos que se habían declarado a favor de la libertad de la isla, y quienes rápidamente habían dejado la ciudad para unírseles a los esposos, hijos y hermanos. Tomaron lo poco que podían llevar con ellos secretamente. No se podía encontrar ningún artículo de lujo y solo unos pocos de confort, de modo que cuando nos sentamos en la mesa para desayunar, el mantel era una hoja de plátano de tres yardas y medio de largo, y la mesa era la más ancha que había visto antes o después de aquel momento. Lucía tan fresca y hermosa que a nosotros nos gustó bastante la novedad. Después de quedarnos allí durante un tiempo, nos volvimos a montar en los caballos y cabalgando hasta la tarde llegamos a la casa de D. Juan Marín quien nos recibió con amabilidad y nos dio refugio por varios días. Estábamos hablando sobre

²⁴ La quema de propiedades fue un hecho rutinario en la guerra. Los insurgentes cubanos también quemaban sus casas y las de otras personas antes de abandonarlas como una tática de guerra y para impedir que cayeran en manos del enemigo.

lo próximo que debíamos hacer, ansiosos de encontrar un lugar donde pudiéramos permanecer permanentemente por al menos un tiempo, cuando escuchamos que los españoles estaban a poca distancia de nosotros. Con toda la premura posible, una vez más recogimos nuestros pocos artículos de necesidad y junto con las familias de Bernal y Marín, sumando en total alrededor de veinte personas, nos dispusimos a encontrar otro lugar de refugio. Pronto llegamos a un río que, aunque estrecho, no era tan profundo, de modo que lo podríamos haber vadeado, pero estábamos con demasiado apuro para parar y quitarnos los zapatos y como no queríamos arruinar los únicos que teníamos, estábamos dudando. En ese momento se adelantó nuestro leal negro Ramón y nos cruzó a todos en sus brazos. Después de cabalgar por varias millas hasta el anochecer llegamos a un rancho donde alrededor de otros cincuenta refugiados como nosotros estaban huyendo de las tropas españolas. Apenas había un lugar para encontrar donde poner nuestras camas que consistían en un serón o alforjas para el Doctor y los chicos, y Mamita Pepa y yo dormíamos por turnos con Chicha (Josei) en una cuna que habíamos podido traer con nosotros. Casi exhaustos de fatiga, nos vimos obligados al amanecer a reanudar de nuevo nuestro viaje con la esperanza de encontrar confort en La Caridad de Vecisa, hacia donde estábamos apresurándonos, ¡pero ay! Cuál fue nuestra decepción y disgusto que al llegar allí encontramos que no solo estaba ocupada la casa principal sino que también todos los ranchos que habían sido construidos en la finca. ¿Qué podíamos hacer? No había otra casa en muchas millas y no teníamos dónde colocar nuestras cansadas cabezas. Haciendo de la necesidad virtud, decidimos hacer una habitación en uno de los extremos de la Cocina colgando sábanas y chales. La Cocina es un cobertizo largo donde cocinan los negros y los trabajadores sobre fuegos colocados entre piedras. Al final de ésta había un aparato para hacer casabe, una especie de torta seca hecha de un vegetal llamado yuca que se usa en lugar de pan. Fue cerca de este aparato que se hizo la habitación en la que estábamos la señora Bernal, su hija América, Mamita Pepa (mi suegra), yo, Arturo, y Chicha. A menudo nos divertíamos escuchando el canto de los negros mientras ellos molían alegremente la yuca, aparentemente inconscientes del sufrimiento que les rodeaba y anticipando sin duda el día en que disfrutarían de la libertad que los cubanos ya les habían dado.

El Dr. con Justico, y Melchor Bernal con sus hijos, dormían en hamacas columpiándose bajo el cobertizo o Cocina y durante el día ocupábamos este lugar como sala de estar, ya que ahora habíamos tomado plena posesión de ella, y solamente se les permitía hacer algún tipo de trabajo allí a aquellos que hacían casabe. De esta manera pasamos algunos días con la esperanza de escuchar que se fuera a desocupar alguna casa a la que pudiéramos recurrir, pero esperamos en vano y finalmente decidimos ponernos un poco cómodos haciendo una habitación de hojas de guano, ya que dormir y vivir al aire libre por más tiempo era insoportable. De este modo le dimos órdenes a nuestros negros (quienes ahora eran libres pero aún permanecían con nosotros) de traer el guano u hojas de palma y pronto Ramón Rufino con José del Carmen y Mateo nos hicieron un apartamento muy cómodo que disfrutamos muchísimo después de vivir al aire libre durante casi dos semanas.

Como nos sentimos establecidos por lo menos durante un tiempo, pronto buscamos alguna manera de ocuparnos y mientras que las otras damas zurcían sus ropas y trenzaban las hojas de palma para hacer sombreros para nuestro uso, me ocupé en darles clases a los niños sus lecciones con sus libros escolares que había traído de la ciudad y que siempre dejé a mano para aprovechar cada momento libre, ya que no sabíamos cuándo volverían a tener la oportunidad de asistir a la escuela y queríamos que estuvieran lo más avanzados posible en caso de que vivieran para ir al Norte. Todos los días dedicaba dos o tres horas a darles clase, pero pronto tuvimos que dejar esto de lado cuando nació nuestra pobrecita M. Louise.

Ahora que los Bernal se habían construido un rancho, teníamos la habitación para nosotros. Estábamos mucho más cómodos solos, pudiendo tener algo de privacidad, pero unos días después que nuestra pequeña querida había nacido, hubo una gran tormenta de lluvia que se coló por debajo de nuestra cama con tanta fuerza que hicieron falta siete hombres para sacar a la pequeña del cobertizo. Sin embargo, a pesar de que el agua estaba debajo de mi cama, ambas agarramos un fuerte resfriado y nos pusimos muy enfermas, muriendo el bebé poco después de tétanos o trismo, lo cual es muy común en Cuba entre los bebés de pocos días de nacidos. El Doctor le mandó hacer a uno de nuestros negros que era albañil una pequeña bóveda en la que se colocó a nuestra preciosa con la esperanza de que Cuba fuera libre

algún día y poder llevarla a la Ciudad para ponerla al lado de sus otros hermanitos y hermanitas. Aunque fue un acontecimiento triste para todos nosotros, sabíamos y sentimos que se le ahorró pasar por una gran cantidad de sufrimiento lo cual resultó ser el caso posteriormente.

Permanecimos en Viara unos tres meses con muy poco que nos sacara de la monotonía de nuestra vida, ya que estábamos aislados casi por completo del resto del mundo. Sintiéndonos bastante seguros al no haber escuchado nada sobre las tropas españolas en mucho tiempo, pensamos en visitar a algunos amigos de los Bernal. Su nombre era Marin y escuchamos que estaba en el potrero la Merced de Viara a unas dos leguas de distancia, cerca del océano. Así, montamos nuestros caballos una mañana temprano, felices por el cambio y se presentaba como un día agradable. Yo tenía un caballo ensillado muy bueno que todavía montaba, pero aquel día, se encontraba algo débil por lo que el Dr. me prestó su caballo que tenía por mascota. Era un animal brioso pero muy fácil de montar para una señorita, aunque sólo una de las otras señoritas aparte de mí lo había montado antes. Sin embargo, él se comportaba muy bien y yo estaba orgullosa de su conducta, cuando José Bernal, quien cabalgaba a mi lado me dijo: «No te confíes en exceso con él porque en cualquier momento te puede jugar una mala pasada». Yo no le presté la más mínima atención a este apunte y cabalgué con plena alegría disfrutando del carácter brioso de mi caballo hasta que de repente me vi volando a la velocidad de una milla por minuto. José Bernal, que quería llegar al potrero antes que el grupo para anunciar nuestra llegada, espoleó a su caballo sin decir nada y se puso a toda velocidad. Mi caballo que no se quería quedar atrás hizo lo mismo y arrancó detrás de él. Un joven compañero, advirtiendo el peligro al que estaba expuesta, espoleó a sus caballos para intentar alcanzar al mío, pero lo único que consiguió es que mi caballo fuera todavía más rápido. Yo esperaba que en cualquier momento me tirara o me estrellara contra un árbol al que nos aproximábamos rápidamente, cuando afortunadamente, la montura giró de modo que la pude agarrar y el caballo se quedó quieto de repente. Esto pareció providencial ya que, si hubiera avanzado unos pocos pies más me habría lanzado contra el árbol y me habría matado con casi total seguridad. Para este momento el grupo ya se había puesto a mi altura. El Dr. que tenía a Chicha (quien solo

tenía tres años) en el caballo delante de él, no podía ayudarme y su sentimiento se podía imaginar más fácilmente que describir al verme en un peligro tan inminente. No obstante, me recuperé rápido del susto, monté de nuevo mi caballo y llegué poco después a nuestro destino. Como estas personas no habían sido molestadas aún por las tropas españolas, todavía disfrutaban de las comodidades que se nos había privado desde hacía tiempo, pero de las que a su vez estábamos muy contentos de que ellos las tuvieran todavía. El día pasó de manera muy agradable y por la tarde todos nosotros cabalgamos hasta la playa. El océano me parecía imponente después de estar reprimida por tanto tiempo y un sentimiento de terror y una intensa tristeza me sobrevino al pensar en que mis seres queridos estaban tan lejos y la incertidumbre de si los volvería a ver de nuevo.

Nos quedamos por allí resistiéndonos a abandonar este bonito lugar, pero como se acercaba el anochecer, nos volvimos a regañadientes a Merced de Viara donde pasamos la noche y temprano a la mañana siguiente estábamos de nuevo en camino a la Caridad de Viara. Este pequeño cambio en nuestra monótona vida nos dio un mayor deseo de tener un cambio permanente ya que habíamos estado por varios meses en Viara y estábamos completamente cansados de este lugar.

Nosotros no habíamos oído nada sobre los movimientos de las tropas españolas por parte de los cubanos en los municipios circundantes. De hecho, nos sentíamos completamente aislados del resto del mundo y decidimos mudarnos a otro lugar, pero era necesario que uno pudiera salir, hacer un reconocimiento y encontrar un lugar donde no fuera probable que nos molestaran los españoles y donde pudiéramos tener las cosas básicas de la vida.

Aunque el Dr. había estado muy enfermo casi desde que salimos de la Ciudad, ahora empezó a sentirse mejor y se mostraba decidido, con José Bernal, a comenzar la búsqueda de una nueva residencia donde pudiéramos estar cerca de personas de nuestra posición y pudiéramos tener noticias de lo que estaba pasando en la isla. Tan sólo se había marchado por dos o tres días cuando para nuestra sorpresa, la Sra. Bernal y su hija nos informaron que querían salir para Caonao²⁵ el día siguiente. Nosotros no dijimos nada, pero pensamos

²⁵ Caonao era una localidad en la provincia de Camagüey donde había una «prefectura» o campamento mambí, comandado por el padre de Melchor Molet de Mola. Al parecer la familia Bernal se unió a ellos.

que era un acto infame el dejarnos a mi suegra y a mis hijos completamente desprotegidos. Ellas dijeron que debían emprender su marcha temprano a la mañana siguiente y como no querían el sufrimiento de separarse de nosotros porque odiaban decirles adiós a los amigos, esperaban que no nos molestáramos en levantarnos temprano para verlos partir. Como estábamos molestos con su conducta, además de que no queríamos ser molestados tan temprano por la mañana, decidimos quedarnos en la cama ajenos a lo malvado que estaban haciendo. Poco después de que se hubieron ido, Mamita Pepa se levantó y después de salir volvió con gran prisa diciendo que Rafael y Rufina (nuestra cocinera y su esposo) se habían marchado con los Bernal. Esto explicaba que se hubieran marchado durante la ausencia del Dr. y el dolor que sufrirían diciéndonos adiós.²⁶ Como no tenían ningún criado, decidieron robarnos a los nuestros ofreciéndoles tierras y dinero cuando se produjera la liberación de Cuba. Afortunadamente, nos quedaban otros criados, por lo que llamamos a Guadalupe para que cocinara el desayuno, y cuando fue a por la carne, no había nada. Miramos más cuidadosamente y descubrimos que los Bernal se habían llevado toda la carne, las bananas, el casabe y la manteca y nos habían dejado sin nada que comer. Inmediatamente fuimos a ver al administrador del potrero y le dijimos cómo se habían comportado y le preguntamos lo que podría hacer por nosotros, ya que por aquel entonces no era fácil obtener carne o vegetales. Pronto nos mandó unas pocas bananas y un pequeño pedazo de carne con lo que nos hicimos el desayuno. Conseguimos pasar el día con lo poco que el gerente nos podía dar, pero los Bernal también se habían llevado las velas por lo que no teníamos nada con lo que iluminar nuestra sala de estar (Cocina). Después de acostar a los niños, Mamita Pepa y vo estábamos sentadas en la más absoluta oscuridad hablando sobre la canallada que habían hecho los Bernal cuando escuchamos el ruido de los pies de los caballos y alguien que se acercaba. Cuál fue nuestra sorpresa v felicidad que vimos que era el Dr. al que lo acompañaba un joven amigo, Bernardo Montejo, aunque José Bernal no estaba con ellos. Después de preguntarle por él, dijeron que había venido con ellos a una posada donde se habían parado a refrescarse y a que sus caballos descansaran. El anfitrión le dijo a José que sus padres habían parado allí aquella mañana y que le habían dejado el recado de decirle

²⁶ Palabras subrayadas en el manuscrito.

que fuera a un potrero que no estaba a mucha distancia, donde él los encontraría. Ellos estaban asombrados con esa noticia, ya que suponían que los Bernal estaban en Viara, pero José se despidió del Dr. y del joven Montejo y fue a buscar a su familia, aparentemente mucho más mortificado y sorprendido en la parada que habían hecho.

El Dr., como es de imaginar, lleno de indignación por la vulgar ingratitud de Bernal, quien estaba en deuda con él por muchos motivos y quien se suponía que era su amigo, se apresuró hacia Viara y descubrió cómo estaba sola y en la oscuridad. Afortunadamente, habían traído provisiones con ellos, por lo que les preparamos rápidamente la cena y después nos fuimos a dormir ya que teníamos que levantarnos temprano para prepararnos para nuestro viaje de no menos de setenta millas a San Diego, una hacienda donde se estaba quedando Don Carlos Guerra con su familia. Además de ser amigos muy cercanos del Dr., necesitaban sus servicios para una de sus hijas y estaban deseosos de que nos quedáramos con ellos por lo que habló con su joven amigo Montejo para que acompañara al Dr. y le diera todo lo necesario para el viaje excepto los caballos que eran nuestros. Estuvimos ocupados todo el día con los preparativos cuando por la tarde se apareció un negro que era un antiguo esclavo de Melchor Bernal con la cabeza vendada. Éste nos dijo que estaba enfermo y pidió permiso para pasar la noche allí, lo cual consentimos y le dijimos a Guadalupe que le diera lo que necesitara sin imaginar que eso era sólo una treta de su amo para robarnos la única criada que nos quedaba. De este modo, cuando nos levantamos a la mañana siguiente nos dimos cuenta que Guadalupe se había escapado con el negro. Al día siguiente nos la encontramos en el camino con Bernal y su hijo, lo que confirmó nuestra idea de que había mandado al negro para robárnosla.

El número de criados que teníamos se había reducido a dos: José del Carmen y Mateo, con los que empezamos nuestro viaje. Sobre las diez nos paramos en un potrero para descansar un poco ya que habíamos estado cabalgando desde las seis y teníamos bastante hambre. Los dueños del potrero nos recibieron amablemente e inmediatamente nos pusieron un desayuno que nos pareció delicioso dado que hacía tiempo que no habíamos comido otra cosa que no fuera carne o bananas. Lo disfrutamos con ganas y estábamos a punto de ponernos en camino contentados; llamamos a José del Carmen para que nos trajera

los caballos cuando, cuál fue nuestra desilusión que, después de llamarlo por bastante tiempo y de buscarle por todos los lados, nunca lo encontramos. Presumimos que había vuelto a Viara donde había dejado a su querida ya que estaba muy enamorado de una joven mulata que vivía cerca de allí. Decidimos que no había nada que hacer por lo que intentamos poner al mal tiempo buena cara y partir sin él, aunque estábamos bastante desconsolados al quedarnos sólo un criado. Sin embargo, esperábamos procurarnos otros cuando llegáramos a San Diego. Comenzamos nuestro viaje cabalgando a través de densos bosques y cruzando ríos que en apariencia eran sólo pequeños arroyos pero que en la época de lluvia crecían y el nivel del agua subía a gran altura rebosando por las orillas hasta el punto que a veces parecían imposibles de pasar. No obstante, en ese momento era la temporada seca por lo que los cruzamos montados a caballo sin ninguna dificultad.

Ya cerca del atardecer vimos a lo lejos una gran sabana y se nos partió el corazón pensando que no encontraríamos ningún lugar de refugio antes de que cayera la noche. Miramos hacia todas las partes con la esperanza de encontrar alguna vivienda y descubrimos una luz, la cual seguimos. Resultó ser un rancho que estaba ocupado por un hombre y su mujer. La mujer había salido a ver a un vecino enfermo, por lo que nos dieron enseguida la única habitación que había. Como estaba totalmente desprovista de muebles, pronto improvisamos unas camas (que eran los serones o las alforjas en que llevábamos las cosas). Después de encender algunas velas de cera que habíamos traído con nosotros, sacamos alguna comida con la que nos habíamos provisto y comimos con ganas. Después de acabar nuestra comida nos echamos en nuestras duras camas que estaban en el suelo sin quitarnos la ropa. Esperábamos descansar un poco después de nuestro pesado viaje, pero sufrimos una gran decepción cuando a las 3 de la mañana nos despertó el pisoteo y el relinchar de los caballos como si algo fuera mal. Con el miedo de que alguien pudiera estar intentando robarlos, el Dr. se levantó apresuradamente y después de salir encontró que tan sólo se trataba de los hombres del rancho que, como era costumbre para ellos, se habían levantado muy temprano y estaban haciendo café o más bien agua con azúcar a modo de café ya que éste era un producto de lujo que raramente se podía encontrar en la «Cuba Libre». Como nuestro sueño se había visto interrumpido y ya estaba casi amaneciendo, el Dr. pensó que era mejor comenzar de nuevo nuestro viaje ya que todavía

teníamos que recorrer una larga distancia. Cuando nuestros caballos estuvieron ensillados y todo listo, partimos contentos de dejar ese desamparado rancho. Yo estaba bastante enojada ya que después de cabalgar durante algunas millas me di cuenta que me había olvidado los pendientes porque me sentía incómoda a la hora de dormir y me los quité y los puse debajo de mi cabeza en el suelo; después, con las prisas por salir no me acordé de ellos otra vez. Sin embargo, no tenían mucho valor, más allá del asociado con ellos ya que mi amiga, la Sra. Luáces, ²⁷ que tenía algunos botones del Ejército de los confederados de los Estados Unidos con el águila americana en ellos, en un momento de patriotismo los mandó a un joyero para que les pusiera ganchos de oro y así poder llevarlos en nuestras orejas. Como por aquel tiempo no queríamos portar nada de valor, estos pendientes cumplían con esta finalidad. Por eso me daba pena habérmelos dejado allí, y supongo que la «guajira» que era la señora del rancho se los había encontrado probablemente y se pensaría que eran de oro creyendo de este modo que había descubierto un tesoro.

Aunque seguíamos viviendo en un constante estado de ansiedad, disfrutamos de la tranquilidad y la calma que nos rodeaba mientras que cabalgamos por la mañana temprano, lo cual contrastaba fuertemente con el estado de tristeza de la isla. Deambulamos sin apenas saber dónde estábamos cuando, después de llegar a un rancho, subimos para reconocer el sitio y, cuál fue nuestra sorpresa y deleite que encontramos que estaba ocupada por nuestro amigo Pepe Valdez y su familia (excepto sus hijos que estaban con las fuerzas insurgentes). Ellos también estaban contentos de vernos y nos dieron una calurosa bienvenida a modo de un buen desayuno del que nosotros dimos buena cuenta. Después de charlar un rato les dijimos adiós sin pensar mucho que sería la última vez que veríamos a Valdez, ya que poco después le agarraron los españoles y le dispararon. Paseando nuestros caballos tranquilamente, hacia el mediodía llegamos al potrero de Don Cirilio Morel, donde tomamos algunos refrescos y esperamos hasta que pasó el calor del día para ponernos en marcha de nuevo. Poco después de salir de allí el cielo se oscureció y nos quedamos empapados por una fuerte llovizna. Esto fue bastante molesto ya que no había ningún sitio que sirviera de refugio cerca. Por eso salimos aprisa con la esperanza de encontrar alguna casa donde pudiéramos secar nuestra

²⁷ Eliza H. Waring de Luáces (1838-1897). Josephine la llamaba Lila.

ropa y pasar una noche agradable. Los chicos Justico y Arturo se habían puesto en sus sombreros el emblema insurgente de «Cuba Libre». Así, cuando ya era casi de noche, a la vez que continuamos con nuestro camino, Mamita Pepa y yo hablamos del peligro que suponía que las llevaran, va que en caso de encontrarnos con las tropas españolas, ellos tendrían una prueba contra nosotros. En ese preciso momento -una extraña voz preguntó: -» ¿Quién vive? », y un sentimiento de terror nos invadió cuando un hombre subía. No teníamos duda que era un centinela español. Cuando lo siguiente que esperábamos era vernos rodeadas y llevadas prisioneras, esa persona preguntó si sabíamos dónde estaba el Dr. Del Risco, ya que le habían dicho que pasaría por aquel camino ese día. Nosotros dudamos en contestar, pero el Dr. que se había adelantado en la cabalgata con nuestra pequeña Chicha, después de volver su mirada hacia nosotros, vio al hombre y se acercó para ver lo que quería. En ese momento, el desconocido le preguntó que si él era el Dr. Justo del Risco, y para terror nuestro, él contestó que sí. Nosotros esperábamos que un enemigo escondido le agarraría, y quizás le dispararía delante de nuestros ojos, ya que estos actos de cobardía eran perpetrados a menudo por parte de los españoles en presencia de esposas, madres e hijas. Pero felizmente no fuimos condenados a pasar por este terrible sufrimiento, ya que el hombre resultó ser un amigo de Catalina Estrada, quien tenía un hijo muy enfermo y que había escuchado que el Dr. pasaría cerca de su casa y había mandado a esta persona para que le viera.

Como era un caso de vida o muerte, el Dr. no podía negarse a ir con el hombre. Cuando él se volvió, nosotros caminamos lentamente sintiéndonos ansiosos hasta su regreso, el cual no tardaría mucho. Después de cabalgar en la oscuridad hasta bastante tarde, por fin llegamos a nuestra antigua casa que ahora estaba ocupada por una familia cubana que pertenecía a la clase media. Como la hospitalidad es característica de los cubanos, nos recibieron con amabilidad aún a esas horas de la noche. Nos dieron a cada uno de nosotros, incluidos los niños, ropa seca y después de una buena cena nos retiramos para dormir agradecidos de haber encontrado unos amigos tan amables y una buena cama donde estirar nuestros exhaustos cuerpos. Todos descansamos bien y temprano, a la mañana siguiente, nos trajeron nuestra ropa que se había estado secando toda la noche al lado de una candela. Nos vestimos, tomamos algo de comida ligera y después em-

Atrocities In Cuba.

NARRATIVE OF A FORMER RESIDENT WITHIN THE INSURGENT LINES — INHUMAN TREATMENT OF CUBANS BY THE SPANISH AUTHORITIES.

[The following account of the treatment of Cuban insurgents by the Spanish authorities in Cuba is furnished by Mrs. Lila Waring de Luaces who was, for two years, with her husband. Dr. Luaces, in charge of hospitals within the insurgent lines. Although Mrs. Luaces has been in America since last Spring, this narrative has hitherto been withheld from publication out of consideration for the safety of her husband who remained in Cuba. His estates have, however, been destroyed and so great is the animosity against him that it is now regarded as impossible to aggravate his danger even by the publication of such acts of those given below. ED.]

To the Editor of *The Tribune*.

SIR: On the 8th of April, 1869, the family of Manuel A. Acosta was in a hut hidden in the woods on the bank of the river Cauto, in Cuba. As he was leaving the place one day he fell into the hands of some volunteers, who bayoneted him and dragged him to the house. At the sight of him deluged in blood, his wife, his children and his sisters set up a cry of horror and wept over the victim. But the Spaniards are not men, and were perfectly unmoved.

Manuel Acosta was not yet dead. They found a man named Grant, son in-law of Acosta, and Grant's brother Domingo, and placed them all with the ladies in the middle of the column, which started on the

road to Bayamo. It is needless to speak of the treatment of the prisoners on the way, nor of the filthy epithets with which this brutal soldiery offended these helpless ladies. On arriving at Cauto Embarcadero, the blood was pouring out of Manuel's wounds, and the insults to which the ladies of his families were subjected drove him crazy. So the savages, to avoid further troubles, dispatched the old man, and pitched his body into the river. His wife, in desperation, tried to fling herself in after him, but was withheld. The Spaniards then took Grant and Domingo behind the cemetery and shot them. In August of the same year, Gen, Maximo Gomez surprised the Spaniards in Baire, In the jurisdiction of Jiguani. He obliged them to shut themselves up in the fortress. He rescued several families, and set fire to the town. When Gomez retired, the Spaniards murdered every family that had not been able to escape. The following September, the Spanish troops of Maniabon, (Holguin) retired to Puerto del Padre, burning their houses and ramparts, killing all the prisoners they had, and decapitating seven woman, and five children. In October, the Spaniards attacked Ramón (Santiago de Cuba and murdered all the sick that were in the hospital there.

These were strung up to the beams of the house and burned alive in it. In November, 40 cavalry soldiers attacked the Cuban camp at Migial (Holguin), which was undefended and took 20 prisoners. Among the later was Carlos Tellez, a lawyer, and Antonio Infante, a planter. These two had their eyes gouged out, and then they were killed with the rest. In December, a Spaniard named Araujo, manager of a bank in Trinidad, proposed at a meeting of Spanish Casino that every Cuban and every member, woman and children included of their families, should be beheaded. The proposition was adopted with great applause.

Sometime in January in 1870, Gen. Puella's troops, when they began the march with ended in their rout by Jordan at La Mina, took, near Desada, in Camaguey, Francisco Alonso Ramos prisoner. He was over 70 years old. They tied his hands and feet together behind, making a circle of his body, and in this position they hanged him to the tree by his wrists and kept him there all night.

Next day they killed him, cut off his wrists, and left him unburied. In the following April Narciso Tamayo, from the Sierra Maestra, wrote to the Department as follows:

«A month after my three brothers had been killed, the Spaniards assaulted the camp where my family lived. The first news that reached me was that they had only killed my father and my brothers, Juan, Pancho and Gavino, but lately I have learned that nobody escaped. My mother and sisters were also murdered by these savages». In the following month the Spaniards, from their camp at Las Parras (Camagüey), surprised a little hut recently, and not being able to find him they vented their rage on a woman who had just been delivered, and on her babe only a few hours old. Both were hacked to pieces, Salvador Cuevas, of Villa Clara, under date 20th of January, 1870, wrote as follows:

«Some troops came to a ranch at Arroyo Blanco, where the quite citizens, Pastor Figueredo and Antonio Leon both over 70 years old, were living. With them were Doña Caridad, daughter of the first, and her children. The Soldiers surprised them just as the moon was rising. Medina and Juan escaped after a struggle, the first with three bayonet wounds in his chest and arm, and the second with four. Ramon de Leon fled into the woods, and then the brutal soldiers tied Doña Caridad and the two old men and burned them alive in the hut. The charred corpses were found next day. The atrocities which the Spaniards commit are more horrible each day. In January they found the wife of Nicholas Chirino, Prefect of Sitabo, and her son, 12 years old. The boy attempted to run away, but his mother retained him, believing that the fact of his not trying to escape and his age would save him from the fury of those tigers. But in spite of all her tears and entreaties they broke his thighbone with a bullet, and when he fell into the arms of his poor mother they rushed upon her, dragged him from her, threatening to kill her if she moved, and then before her eyes mutilated her boy with fiendish obscenity, and gashed and stabbed him to death».

In July, 1870, the traitor Lolo Benítez at the head of a party of volunteers attacked Riíto (Jiguaní), and captured 19 prisoners, of whom two were old men, two were sick, and the rest were woman and children. They were all killed, and corpses mutilated.

In November of the same year, after a fight between the Spaniards and Cubans at La Agüada (Tunas), the former surprised the peaceable citizens Macias and Manuel Fornes. They had never taken part in the revolution. With these victims the Spaniards added to their

brutal cruelty the most fearful blasphemy. They enacted amid oaths and profanity with these men the fearful tragedy of Calvary. They stuck crowns of thorns upon the heads of the victims, whom they made to carry crosses, and crucified. They then chopped the crucified to death.

In the month of October, 1870, shortly after the massacres of the Caballeros and the Molinas, a column surprised Manuel Montejo, a most quite and respectable old gentleman of over seventy years of age, and Francisco Benavides, a young man, on Mr. Montejo's place, San Severino, three leagues from Guasimal, the scene of the Molina murder. With Mr. Montejo was his daughter, a charming young married lady. When the column came up, the men were dragged out of the hut, and the old man, who was very infirm, was seated in a chair. His daughter, with her arms round the dear old father's neck, assured the commander of the forces that her father had intended to present himself long ago, but that he was so weak and infirm that he had not been able to make the journey, a long one, to the camp. She spoke to brutes, not men. One raised the butt end of his musket, and was about to brain the old man, when she fell across her father, taking his head in her bosom, and received on her back the blow that would have killed him. Her filial love was vain, She was forcibly dragged away, and the hands of the old man, of Benadives, and of a mulatto on the place were bound. The victims were then taken a hundred yards from the hut, and gashed and slashed and stabbed to death. The corpse of the mulatto was laid across the other two, and the savages then returned to the hut, and told the poor, solitary, defenseless, half frenzied woman to «Go and bury them if you choose, » and she did.

In the early part of January last, Mrs. Aguero, with her two daughters Leocadia and Clotilde, aged eighteen and fifteen respectively, were living a retired life on their state La Gloria, distant some four leagues east of Puerto Principe, on the Sibanicú road. Mrs. Agüero, who was a celebrated belle in her younger days, still retains more than average charms. Kindly, accomplished, delicately reared, and still beautiful, she is one of the women of whom Camagüey is justly proud. But the surpassing loveliness of her daughters, Clotilde especially, casts all other Cuban beauty into the shade. With a skin as white as driven snow, and a prodigious wealth of golden hair, nature has adorned her with eyes black as night, black eyebrows, and long,

black, silken eyelashes; a type of beauty rarely met with. Her form is as perfect as her face. A column of Spaniards, commanded by Brigadier Fajardo, the same scoundrel who replaced Morales de los Rios in Santo Espiritu, arrived at La Gloria. The ladies were ordered out and told to get up on the saddles in front of the men. They were to be taken into Puerto Principe. Every feeling in the bosoms of these tenderly nurtured and beautiful creatures revolted at the though. To sit on the saddle, in the arms of such dirty, stinking, brutal, disgusting creatures? No, they would die first. They declared that they were ready to walk; and along the rough road, with the brutal soldiery, the scum of the world, jeering them as they went, these beautiful and defenseless creatures plodded for some five to six miles. The whole distance to Principe is about 12 miles. After walking thus far, Fajardo rode up to the head of the column and asked of an orderly, «What — -is the matter? Why don't you get along faster?» He was informed that the column was moving forward as fast as the ladies could walk; that they had declined to ride on the saddles with the men. «What?» he exclaimed, «they won't ride with my men, won't they? I will soon see about that. Halt the column. Now 10 or 12 of you run into the woods, cut a dozen withes, strip the women, and I'll flog them till they obey.» One man –perhaps he thought of his mother and a sister - dismounted, and most respectfully approaching Mrs. Aguero, hat in hand, said: Madame, I beseech you to comply with the commander's order, however repugnant it may be, for I know him, and he always executes, when he can, what he threatens.» The ladies vielded, and so these tender women were brought into Puerto Principe each seated in front of a dirty, low-bred ruffian, with his arm around her body. The shock was too great for the beautiful Clotilde. On reaching Principe the whole of the lower part of her body was founded to be paralyzed, and Dr. Risco, who attended her after her arrival, says he doubts if she can ever recover.

Rafael de Varona had served in the cavalry under Ryan, and, when the later left the Island, was appointed to the command of the corps. At the time of his capture be was on a visit to a rancho that had been built in the woods, where some thirty ladies, including three of his own sisters, and many children were hidden. Guided by some vile traitor, a body of Spaniards, divided into two columns, came up and surrounded the rancho. Varona knew that his hour had come; but

seizing his revolver, he issued out to meet the tyrants of his country. The women and children fled dismayed. A bullet from an American musket struck Varona and broke his thighbone. On one knee he discharged six shots of his revolver and wounded two men. As noon as his shot were expended, the Spaniards rushed on him, and slashed and stabbed him to death. They were unable, however, to identify their victim; and seizing one of the young ladies, Maria Aguilar, they drugged her up to the corpse, and threatened her with death if she did not divulge the name of the murdered man. She professed entire ignorance; she said she was from Holguin and knew no one of that jurisdiction. One of the *movilizados* coming up to the body recognized it as that of Varona. The exultation among the savages was great. They gathered all the women and children from the woods, and drew them up in line, and then tying Varona's body by the heels to the tail of one of the horse, they dragged it up and down before them, his own three sisters standing in the line. In dragging it, it caught against the stump of a tree, when the commander of the column yelled out to the savage that was riding the horse which was dragging the body, «Dig in your spurs and haul him out of it;» and to the infinite amusement of the gang, Varona's head was nearly pulled from his body, and the stump was besmeared with his brains.

Probably in no land and in no age has such a devilish invention of cruelty been witnessed as that by which Manuel Garcia was brought to his death. His solo crime was that he was manager of the estate Triunfo, belonging to the Guerra family, whose owners were serving in the patriotic ranks. Personally, Guerra had never given aid or assistance to the Cuban cause in any shape. He was captured while inspecting the fences of the place by a column of regular troops. They dragged him to a neighboring tree, and under it they tied the old man's hands together by the wrists over his head. They then attached to his wrists one end of a rope, and throwing the end over a branch of the tree, fastened this other end to a stake in the ground. They previously lifted the old man up, so that when the rope was taut from the stake across the limb of the tree his feet dangled about a yard from the ground. Hauling then at the rope near the end fastened to the stake, they hoisted him some 20 or 30 feet in the air, and then suddenly let go. At the first fall both of the old man's arms were pulled out of the sockets. The agony was fearful. He implored them